CALLA BRYN STURGIS

STEPHEN KING

1.

Tian habia sido bendecido (aunque pocos granjeros utilizarían esa palabra) con tres terrenos: River Field, donde su familia había cultivado arroz desde tiempos inmemoriales; Roadside Field, donde el ka Jaffords había cultivado raíz agria, calabaza y maíz durante la misma larga cantidad de años y generaciones; y Son of a Bitch, un infructuoso terreno que solo daba rocas y ampollas y esperanzas perdidas. Tian no era el primero de los Jaffords determinado a hacer algo con los veinte acres detrás de la casa; su abuelo, perfectamente cuerdo en todos los demás aspectos, había estado convencido que había oro ahí. La madre de Tian estaba igualmente convencida que daría porin, una especia de gran valor. La locura de Tian era el madrigal. Desde luego, el madrigal se daría en Son of a Bitch. Debía crecer ahí. Se había apropiado de un millar de semillas (y un centavo le habían costado) que estaban ahora ocultas debajo de las duelas de su habitación. Todo lo que faltaba antes de plantar el año siguiente sería remover la tierra en Son of a Bitch. Esta era una tarea más fácil de decir que de llevar a cabo.

Tian había sido bendecido con ganado, incluyendo tres mulas, pero un hombre estaría loco si tratara de usar una mula allá en Son of a Bitch; la bestia que tuviese el infortunio de llevar a cabo esa tarea, seguramente yacería con una pata rota o moriría de aturdimiento al medio día de la primera jornada. Uno de los tíos de Tian casi había encontrado su destino final hacía algunos años. Había venido corriendo de vuelta al hogar, gritando a todo pulmón y perseguido por unas enormes avispas mutantes con aguijones del tamaño de uñas.

Habían encontrado el nido (bueno, Andy lo había encontrado; a Andy no lo molestaban las avispas, sin importar lo grandes que fueran) y lo quemaron con keroseno, pero podría haber otros. Luego estaban los agujeros. No podías quemar los agujeros ¿verdad? No. Y Son of a Bitch se asentaba en lo que los viejos llamaban "terreno suelto." En consecuencia, poseía casi tantos agujeros como rocas, sin mencionar al menos una cueva que

expulsaba corrientes de aire pestilente.¿Quién sabría que clase de sabandijas podrían acechar en su oscura garganta?

En cuanto a los agujeros, lo peor sobre ellos no era si un hombre (o una mula) pudiese verlos. De ningún modo, señor. Ni lo piense, gracias. Los rompepiernas siempre se disimulaban en apiñamientos de hierba y pasto alto de aspecto inocuo. Tu mula podría pisar, habría entonces un horrible crujido, como el de una rama quebrada, y entonces la maldita cosa estaría yaciendo ahí en el suelo, pelando los dientes, girando los ojos, rebuznando su agonía al cielo. Hasta que terminaras con su sufrimiento, claro, y el ganado era valioso en Calla Bryn Sturgis, incluso el ganado que no era precisamente introducido.

Por lo tanto, Tian rastrilló usando a su hermana. No había razón para no hacerlo. Tia era retardada, por lo tanto, buena para poco más. Era una chica grande –los retardados usualmente crecían a tamaños prodigiosos- y ella deseaba que el Hombre Jesús la amara. El Viejo le había hecho un árbol-Jesús, que él llamaba crucifijo, y ella lo llevaba puesto a todas parte. Ahora colgaba de atrás hacia delante, golpeando sobre su sudorosa piel, mientras ella jalaba.

El pértigo estaba amarrado a sus hombros por un arnés de cuero sin curtir. Tras ella, guiando alternativamente el pértigo mediante sus viejas manijas de palo hacha y su hermana por los horcates, Tian gruñía y tironeaba y jalaba cuando la cuchilla del pértigo se caía y amenazaba con atorarse. Era finales de Tierra Llena, pero tan caluroso como a mediados de verano ahí en Son of a Bitch; el sobretodo de Tia estaba oscuro y húmedo y pegado a sus grandes y carnosas caderas. Cada vez que Tian meneaba la cabeza para quitarse el cabello de los ojos, el sudor corría en rocío del mechón.

"¡Arre, puta!" Gritó él "Aquella roca es un rompe pértigos, ¿estás ciega?

Ni ciega, y tampoco sorda, solo estúpida. Retardada. Ella viró hacia la izquierda, y fuerte. Detrás de ella, Tian tropezó con un sacudimiento que le hizo crujir el cuello, rasparse la espinilla en otra roca, una que no había visto, y que por milagro el

pértigo no había golpeado. Al sentir los primeros y tibios escurrimientos de sangre bajando hacia su tobillo, se preguntó (y no por primera vez) qué locura era la que siempre llevaba a los Jaffords hacia ahí. En lo profundo de su corazón tenía la idea de que el madrigal no brotaría, lo mismo que el porin antes que este, aunque podías cosechar hierba del diablo; sí, él podía atascar los veinte acres con esa mierda, si hubiera querido. El truco consistía en mantenerla alejada, y esa era siempre la primer faena en Tierra Nueva. Ella-

El pértigo osciló hacia la derecha y tironeó hacia delante, casi arrancándole los brazos. "¡Arr!" chilló. "Ve más despacio, chica! No pueden germinarme otros si los arrancas ¿verdad?"

Tia volvió su amplia, sudorosa y sosa cara hacia un cielo lleno de nubes bajas y profirió una risotada. Hombre Jesús, pero si hasta sonaba como un burro. Sin embargo era risa, risa humana. Tian se preguntaba, así como no podía evitar hacerlo, si aquella risa significaba algo. ¿Comprendería ella algo de lo que él decía o solo respondía al tono de su voz? ¿Acaso cualquier retardado-

"Buenos días," dijo una fuerte y casi átona voz a sus espaldas. El dueño de la voz ignoró el grito de sorpresa de Tian. "Felices y largos días tenga en la tierra. Vengo de una aceptable paseo y estoy a su servicio."

Tian se giró, y vio a Andy ahí de pie –con sus 3.6 metros de estatura- y fue casi derribado cuando su hermana dio otro de sus tambaleantes pasos hacia delante. Los horcates del pértigo se le fueron de las manos y volaron hacia su garganta con un chasquido audible. Tia, ajena a este desastre potencial, dio otro tambaleante paso hacia delante. Al hacerlo, le sacó el aire a Tian. Él emitió un sofocado jadeo y arañó las correas. Andy observó todo esto con su acostumbrada sonrisa larga y sin humor.

Tia tiró hacia delante nuevamente y a Tian le fallaron los pies. Aterrizó sobre una roca que perforó salvajemente la hendidura entre sus nalgas, pero cuando menos pudo volver a respirar. Por el momento, en todo caso. ¡Maldita y desgraciada parcela! ¡Siempre ha sido así! ¡Siempre lo será!

Tian aferró la correa antes de que se le enredase nuevamente en la garganta y gritó, "¡Alto ahí puta! ¡Detente si no quieres que te retuerza esas enormes e inútiles tetas tuyas y te las quite del frente!"

Tia se detuvo lo suficientemente de acuerdo, y se volvió para ver qué era aquello. Su sonrisa se ensanchó. Levantó un fuerte y musculoso brazo –brillaba de sudor- y señaló. "¡Andy!" dijo. "¡Andy ha venido!"

"No soy ciego," dijo Tian y se puso de pie, frotándose el trasero. ¿Estaría sangrando también de ahí? El pensaba que sí.

"Buenos días," Le dijo Andy a ella, y se tocó la metálica garganta tres veces con tres dedos metálicos. "Largos días y felices noches."

A pesar que Tía seguramente había escuchado la respuesta común a esto –y quizá podrías duplicar el número – mil veces o más, todo lo que hizo fue levantar su amplia cara de idiota al cielo y proferir su risa borrica. Tian sintió un sorprendente momento de dolor, no en sus brazos o su garganta; ni en su ultrajado trasero, sino en su corazón. Vagamente recordó cuando ella era pequeña: tan bonita y ágil como una libélula, tan inteligente como pudiera desearse. Entonces-

Pero antes que pudiera concluir el pensamiento, tuvo una premonición. Excepto que aquella era una palabra demasiado agradable para describirlo. De hecho, era tiempo. Tiempo extra. Sin embargo, sintió un hundimiento en el corazón. Las noticias llegarán mientras yo estoy aquí, pensó. Aquí en esta tierra olvidada de Dios donde nada es bueno y la suerte siempre es mala.

"Andy," dijo él.

"¡Sí!" Dijo Andy, sonriendo. "¡Tu amigo Andy!" de vuelta de un aceptable paseo y a tu servicio. ¿Querrías saber tu horóscopo, Tian? Es Tierra Llena. La luna está roja, la que llaman la Luna Cazadora en Mundo-Medio, eso es. ¡Un amigo llamará!¡Las relaciones de negocios prosperan! Tendrá dos ideas, una buena y una mala-"

"La mala fue venir aquí a intentar cambiar este campo," dijo Tian. "Sin importar mi maldito horóscopo, Andy. ¿por qué estas aquí?"

La sonrisa de Andy probablemente no podía turbarse –era un robot, después de todo, el último en Calla Bryn Sturgis en millas y ruedas a la redonda- pero para Tian parecía haberse turbado, igualmente. El robot tenía el aspecto de la figura de un adulto en el cuerpo de un chico joven, imposiblemente alto e imposiblemente delgado. Sus piernas y brazos eran plateados. Su cabeza era un barril de acero inoxidable con ojos eléctricos. Su cuerpo, que no era otra cosa que un cilindro de poco mas de dos metros de altura, era dorado. Estampado en el medio –de lo que para un hombre sería el pecho- tenía una leyenda:

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTD.

EN ASOCIACIÓN CON INDUSTRIAS LaMERK

PRESENTA

ANDY

Diseño: MENSAJERO (Muchas Otras Funciones)

Número de Serie DNF 34821 V 63

Cómo o por qué había sobrevivido esta chatarra cuando el resto de los robots se había ido –ido desde hacía generaciones- era algo que Tian no sabía ni le importaba. Podías verlo en cualquier parte del Calla (no se aventuraría más allá de sus límites) caminando a grandes zancadas con sus imposiblemente largas piernas plateadas, mirando a todas partes, ocasionalmente emitiendo sonidos cuando almacenaba (o quizá borraba ¿Quién lo sabia?) información. Cantaba canciones, transmitía chismes y rumores de una punta del pueblo a la otra –un caminante inalámbrico era Andy el robot- y parecía disfrutar dar los horóscopos más que cualquier cosa, a pesar que había el consenso general en la villa de que su veracidad era poca.

Tenía una función más, sin embargo, y esa significaba mucho.

"¿Por qué estás aquí costal de pernos y cables? ¡Respóndeme! ¿Son los Lobos? ¿Están viniendo desde Thunderclap?"

Tian estaba ahí parado, levantando la vista hacia la estúpida y sonriente cara metálica de Andy, el sudor se enfrió en su piel, rezando con toda su fe para que la tonta cosa dijera que no, entonces ofrecería dar nuevamente el horóscopo, o quizás cantar "El Maíz Verde A-Dayo," todos los veinte o treinta versos.

Pero todo lo que dijo Andy, todavía sonriendo, fue: "Sí."

"Cristo y el Hombre Jesús," dijo Tian (El Viejo le había hecho pensar que esos eran dos nombres de la misma cosa, pero nunca se había molestado en averiguarlo.) "¿Cuánto tiempo?"

"Una luna de días antes que lleguen," respondió Andy, aún sonriendo.

"¿De llena a llena?"

"Sí"

Treinta días, entonces. Treinta días para los Lobos. Y no tenía sentido esperar que Andy se equivocara. Nadie sabía cómo podía saber el robot que saldrían de Thunderclap con tanta anticipación a su llegada, pero lo sabía. Y nunca se equivocaba.

"¡Jódete tú y tus malas nuevas!" chilló Tian, y le puso furioso el titubeo de su propia voz. "¿Para qué sirves?"

"Lamento que la noticia sea mala," dijo Andy. Sus entrañas sonaron audiblemente, sus ojos destellaron en un azul más brillante, y dio un paso hacia atrás. "¿No quiere que le diga su horóscopo? Es el final de Tierra Llena, un tiempo especialmente propicio para concluir viejos asuntos y conocer gente nueva-"

"¡Que se joda también tu falsa profecía!" Tian se inclinó, cogió un puñado de tierra, y se la arrojó al robot. Un guijarro enterrado en la tierra se estrelló en la piel metálica de Andy. Tia jadeó, entonces comenzó a llorar. Andy retrocedió otro

paso, su sombra creciendo como una araña en el campo de Son of a Bitch. Pero su odiosa, estúpida sonrisa permanecía.

"¿Qué tal una canción? He aprendido una sorprendente del Manni al extremo norte del pueblo; se llama "'En Tiempos de Pérdida, Has de Dios Tu Amo'" Desde algún lugar en las entrañas de Andy llegó el sonido de un diapasón, seguido por una sucesión de notas de piano. "Dice-"

El sudor Corría por sus mejillas y pegaba sus irritadas pelotas a sus muslos. Tia alzaba su estúpida cara al cielo. Y este robot idiota de mal agüero se preparaba para cantar alguna especie de himno Manni.

"Guarda silencio, Andy." Hablo con suficiente racionalidad, pero por entre dientes apretados.

"Sí," concordó el robot, y misericordiosamente, se calló.

Tian se aproximó a su berreante hermana, la rodeó con un brazo, olió el intenso (pero no totalmente desagradable) sudor que ella emanaba. Suspiró, y entonces comenzó a acariciar su tembloroso brazo.

"Cálmate, gran concha llorona," dijo él. Las palabras podrían ser horribles, pero el tono era amable en extremo, y era al tono al que ella respondía. Se comenzó a calmar. Su hermano estaba de pie, y el borde de la cadera de ella llegaba a la altura de las costillas de él (ella era treinta centímetros más alta), y cualquier extraño que pasase por ahí, seguramente se detendría a mirarlos, sorprendido por la similitud de rostro y por la gran diferencia en tamaño.

El parecido, cuando menos era heredado: eran gemelos.

Él acariciaba a su hermana con una serie de palabras suaves y blasfemias – en los años desde que ella había regresado ya retardada desde el oeste, las dos formas de expresión significaban casi lo mismo a Tian Jaffords –y al fin su llanto cesó. Y cuando un tordo cruzó el cielo volando, haciendo piruetas y emitiendo su característica serie de chillidos feos, ella señaló y rió.

Una sensación crecía en Tian, una tan extraña que apenas la reconoció. "No está bien," dijo. "Noseñor, Por el Hombre Jesús y todos los dioses que existan, que no."Miró hacia el oeste, donde las colinas se perdían en una membranosa oscuridad que podría tratarse de nubes, pero que no lo eran. Era la línea divisoria entre Mundo-Medio y Mundo-Final. El límite de Thunderclap.

"No está bien lo que hacen con nosotros."

"¿Seguro que no quiere escuchar su horóscopo? Veo muchas monedas brillantes y una hermosa dama morena."

"Las damas morenas tendrán que arreglárselas sin mi," dijo Tian, y comenzó a quitar el arnés de los amplios hombros de su hermana. "Soy casado, como seguramente sabes muy bien."

"Muchos hombres casados han tenido una aventurilla," observó Andy. A Tian le parecía que sonaba jactancioso.

"No aquellos que aman a sus esposas." Tian se llevó a los hombros el arnés (lo había hecho él mismo, pues había una gran escasez de monos de trabajo para humanos en casi todos los mejores graneros) y se volvió hacia la casa. "Y ningún granjero, en todo caso. Muéstrame un granjero que pueda costearse una aventurilla y te besaré ese brillante trasero tuyo. Vamos, Tia.

"¿A casa?" preguntó.

"Así es."

"¿Almuerzo en casa?" ella lo miró de un modo aturdido y esperanzado. "¿Manzanas rojas?" Una pausa. "¿Salsa?"

"Seguro," dijo Tian. "¿Por qué demonios no?"

Tia dejó escapar un grito de alegría y corrió hacia la casa. Había algo casi asombrosamente inspirador en ella cuando corría. Como su padre alguna vez había observado antes que la fiebre del cerebro se lo llevara, "Brillante o Tonta, he ahí una gran masa de carne en movimiento."

Tian caminó lentamente detrás de ella, con la cabeza gacha, observando los agujeros que su hermana parecía evadir sin siquiera mirar. Como si en alguna parte en el interior de su cabeza, hubiese descubierto la localización de cada uno de ellos. La extraña sensación crecía y crecía. Él sabía sobre enojo –cualquier granjero que hubiera perdido vacas por la enfermedad de la leche o que hubiera visto al granizo derribar su maíz, sabía bastante sobre enojo- pero esto era algo más profundo. Esto era rabia, y era algo nuevo. Caminó lentamente, la cabeza gacha, los puños apretados. No era consciente de que Andy lo seguía hasta que el robot dijo; "Hay más noticias. Al noroeste del pueblo, siguiendo el camino del Haz, extraños de Fuera del Mundo-"

"Al carajo el Haz, al carajo los extraños, y al carajo contigo," dijo Tian. "Déjame estar, Andy."

Andy se quedó donde estaba por un momento, rodeado por las rocas y hierbas y los inútiles promontorios de Son of a Bitch; aquella ingrata parcela de tierra de los Jaffords. Algunos de sus circuitos interiores sonaron. Sus ojos destellaron. Y decidió ir a contárselo al Viejo. El Viejo nunca le decía que se fuera al carajo. El Viejo siempre quería escuchar su horóscopo.

Y siempre se interesaba por los extraños.

Andy comenzó a dirigirse hacia Nuestra Señora de la Serenidad.

2.

Zalia Jaffords no vio venir a su esposo y a su cuñada de regreso de Son of a Bitch, no escuchó que Tia sumergía repetidamente la cabeza en el tonel de agua para ducha fuera del granero y luego volaba la humedad de su labios como un caballo. Zalia estaba en el lado sur de la casa, colgando la colada y cuidando a los niños. No estaba consciente que Tian estaba tras ella hasta que lo vio mirándola por la ventana de la cocina. Ella se

sorprendió de verlo ahí, y mucho más por su expresión. Su cara estaba cenicienta y pálida excepto por dos manchones de color en sus mejillas y uno tercero que brillaba en el centro de su frente, como una marca.

Ella metió las pinzas de ropa que aún sostenía en su bolsillo y se encaminó a la casa.

"¿Adónde vas, Ma?" dijo Heddon, y "¡Adónde vas, Maw-Maw?" secundó Hedda.

"No importa," dijo ella. "Solo mantente al pendiente de los bebes ka."

"¿Porqu-eee?" Gimoteó Hedda. Había hecho una ciencia de ese gemido. Uno de estos días gemiría algo más largamente y su madre le daría un puñetazo que la mandaría a las colinas y un poco mas lejos.

"Porque tú eres la mayor," dijo.

"Pero-"

"Calla esa boca, Hedda Jaffords."

"Los vigilaremos, Ma," dijo Heddon. Heddon siempre estaba de acuerdo; probablemente no era tan listo como su hermana, pero ser listo no era todo. De hecho era mucho menos. "¿Quieres que terminemos de colgar la colada?"

"Hed-donnnnn..." De su hermana. Ese gemido irritante otra vez. Pero no tenía tiempo para ellos. Echó una mirada más a los otros; Lyman y Lia, quienes tenían cinco años, y Aaron, quien tenía dos. Aaron estaba sentado desnudo entre la mugre, felizmente haciendo sonar dos rocas. Él era extraño y único, ¡y cómo la envidiaban las mujeres de la villa por causa de él! Porque Aaron siempre estaría a salvo. Los otros, sin embargo, Heddon, y Hedda ... Lyman y Lia ...

De pronto, ella comprendió lo que eso significaba, él de vuelta en la casa en medio de un día como aquel. Rezó a los dioses que no fuera así, pero cuando llegó a la cocina y vio el modo en que miraba a los chiquillos, sintió miedo.

"Dime que no son los Lobos," dijo ella con una voz seca y desesperada. "Di que no."

"Así es." Respondió Tian. "Treinta días, dice Andy –de luna a luna. Y sobre eso Andy nunca se-"

Pero antes que pudiera continuar, Zalia Jaffords se llevó las manos a las sienes y emitió un grito. En el jardín del costado, Hedda brincó. En otro momento habría comenzado a correr hacia la casa, pero Heddon la retenía.

"No se llevarán a alguien tan joven como Liman y Lía ¿verdad?" le preguntó ella. "Hedda o Heddon, tal vez, pero ¿los bebés seguramente no? ¿No mis pequeños? ¿Por qué?, ¡no llegarán a su sexto cumpleaños hasta dentro de medio año!"

"Los Lobos los llevan de hasta tres años, y lo sabes," dijo Tian. Sus manos se abrían y cerraban, se abrían y cerraban. La sensación en su interior continuaba creciendo – el sentimiento era más que puro enojo.

Ella lo miró, las lágrimas rodaban por su cara.

"Quizá es hora de decir que no." Dijo Tian en una voz que apenas reconoció como la suya.

"¿Cómo podremos?" Susurró ella. "Oh. T, cómo, en el nombre de los dioses podremos?"

"No sé," dijo él. "Pero ven aquí, mujer, te lo ruego."

Ella fue, echando una mirada más sobre su hombro hacia los cinco niños que estaban en el patio trasero- como para asegurarse que aún estaban todos ahí, que ningún Lobo se los había llevado todavía- y después atravesó la sala. El Abuelo estaba sentado en su silla del rincón junto al fuego extinto, la cabeza inclinada, dormitando y goteaba de su arrugada y desdentada boca.

Desde este cuarto era visible el granero. Tian acercó a su esposa a la ventana y señaló. "Ahí," dijo. "¿Los distingues, mujer? ¿los ves bien?"

Desde luego que sí. La hermana de Tian, con su metro noventa y cinco de estatura, ahora estaba de pie, con los tirantes de su sobretodo bajados y sus enormes pechos goteando agua al humedecerlos en el tonel de la ducha. De pie junto a la puerta estaba Zalman, el propio hermano de Zalia. Medía casi dos metros, grande como Lord Perth y con una cara tan sosa como la de la chica. Un joven hombre semidesnudo observando a una joven mujer semidesnuda con los pechos al aire como si quisiera ocasionar una protuberancia bajo los pantalones de él, pero no había ninguna en los de Zally. Ni la habría jamás. Era retardado.

Ella se volvió hacia T. Se miraron mutuamente, un hombre y una mujer que no eran retardados, pero solo por mera suerte. Hasta donde ambos sabían, podía fácilmente tratarse de Zal y Tia parados ahí observando a Tian y Zalia afuera, cerca al granero, crecer largos de cuerpo y vacíos de la cabeza.

"Claro que lo veo," le dijo ella. "¿Crees que soy ciega?"

"¿No has deseado alguna vez que fueras tú?" preguntó él. "¿verlos así?"

Zalia no respondió.

"No está bien, mujer. Nada bien. Nunca lo ha estado."

"Pero desde tiempos inmemoriales-"

"¡Al carajo también los tiempos inmemoriales!" chilló Tian. "¡Son niños! ¡Nuestros niños!"

"¿Dejarás entonces que los Lobos quemen Calla hasta los cimientos? ¿Que nos dejen con las gargantas cortadas? ¿Eso o algo peor? Porque ya ha ocurrido en otros lugares. Sabes que ha sido así."

Él lo sabía, sí. ¿y quién pondría las cosas en orden de no ser por los hombres de Calla Bryn Sturgis? Ciertamente no había autoridades, no algo como un alguacil, ni en la parte alta ni en la baja en estos lares. Estaban por su cuenta. Incluso hacía mucho, cuando las Baronías Interiores brillaron con luz y

cultura, se había visto poco de aquella hermosa y radiante vida por ahí. Estos eran los límites exteriores, y la vida ahí siempre había sido extraña. Entonces habían llegado los Lobos y la vida se había vuelto aún más extraña. ¿Hacía cuanto había empezado aquello? ¿Cuántas generaciones? Tian no lo sabía, pero creía que "tiempos inmemoriales" era demasiado tiempo. Los Lobos habían viajado hacia las villas de los límites exteriores cuando el Abuelo era joven, ciertamente- el propio gemelo del abuelo había sido robado mientras los dos se hallaban sentados en el polvo, jugando a las tabas. "ellos lo llevaron porque 'staba cerca'l camino," les había dicho el abuelo (muchas veces). Si yo hubiera salido de la casa primero ese día, hubiera estado más cerca'l camino y me hubieran llevado. ¡Dios es bueno!" Entonces besaría la cruz de madera que El Viejo le había dado, la levantaría hacia el cielo, y reiría fuertemente.

Incluso, el abuelo del propio abuelo le había dicho que, en su tiempo –que podría haber sido quizás cinco o incluso seis generaciones atrás, si los cálculos de Tian eran correctos – no había habido Lobos saliéndose de Thunderclap en sus horribles caballos grises. Una vez, Tian había preguntado al viejo, ¿Y todos los bebés vienen en pares desde entonces? ¿Te lo dijo alguna vez tu Viejo? El Abuelo había considerado aquello durante un buen rato, luego había sacudido la cabeza. No. No podía recordar que su Abuelo lo hubiera mencionado, de ninguna manera.

Zalia lo miraba ansiosamente. "No estás en condiciones de pensar tales cosas, quiero decir, después de haber pasado la mañana en esa parcela pedregosa."

"Mi estado de ánimo no cambiará cuando ellos vengan o por quienes se lleven," dijo Tian.

"No harás alguna tontería, T, ¿verdad? ¿Alguna tontería y tú solo?"

"No," dijo él.

Sin duda. Ya estará tramando planes, pensó ella, y se permitió un destello de esperanza. Seguramente no había algo que Tian

pudiera hacer contra los Lobos –ninguno de ellos podría- pero él estaba lejos de ser estúpido. En una villa de granjas donde casi todos los hombres no pensarían en otra cosa que cultivar la siguiente fila o insertar sus miembros en Sábado por la noche, Tian tenía algo de anormal. Podía escribir su nombre; podía escribir palabras que decían TE AMO ZALLIE (y la había ganado por hacer aquello, incluso cuando ella no pudiera leerlas ahí entre la mugre); podría sumar números y también restarlos de mayor a menor, lo que decía que era aún más difícil. ¿Sería posible...?

Una parte de ella no quería completar este pensamiento. Y sin embargo, cuando volvió su corazón de madre y su mente a Hedda y Heddon, Lia y Lyman, parte de ella quería tener esperanza. "¿Qué, entonces?"

Voy a convocar a una reunión en el Salón de Asambleas," dijo él. "Enviaré la pluma."

"¿Vendrán?"

"Cuando se enteren de estas noticias, cada hombre de Calla acudirá. Lo discutiremos. Quizá quieran pelear esta vez. Quizá quieran luchar por sus pequeños."

Desde detrás de él, una voz cascada dijo, "Tu tonta matanza."

Tian y Zalia se volvieron, mano con mano, a mirar al viejo hombre. Matanza era una palabra brusca, pero Tian creía que el viejo los estaba mirando –a él- con mucha candidez.

"¿Por qué dices eso Abuelo?" preguntó.

"Los hombres irán de esa reunión que planeas y se detendrán en ese lugar de la campiña, donde beben," dijo el viejo. "A los hombres sobrios-" sacudió la cabeza. "No los moverás."

"Creo que podrías equivocarte esta vez, Abuelo." Dijo Tian y Zaila sintió que un terror frío le oprimía el corazón. Él lo creía. En verdad que sí.

3.

Habría menos rezongos si les hubiese dado al menos una notificación de una noche, pero Tian no haría eso. Una luna de días antes de su llegada, Andy había dicho, y aquello era todo el horóscopo que Tian Jaffords necesitaba. No se darían el lujo de una sola noche en barbecho. Y cuando mandó a Heddon y Hedda con la pluma, ellos sí vinieron. Sabía que vendrían. Habían pasado veinte años desde que los Lobos llegaran a Calla Bryn Sturgis, y habían sido buenos tiempos. Si se les permitiera cosechar esta ocasión, la cosecha sería grande.

El Salón de Asambleas era una construcción de adobe al final de la calle principal de la villa, más adelante del Almacén Took's y la diagonal del pabellón del pueblo, que ahora estaba polvoriento y oscuro al final del verano. Muy pronto, las damas del pueblo comenzarían a decorarlo para la Siega, pero nunca habían hecho demasiada Noche de Siega en Calla. Los niños disfrutaban viendo a los tipos rudos lanzarse al fuego, desde luego, y los osados obtendrían su ración de besos robados al llegar la noche, pero eso era todo. Las frivolidades y festivales eran para Mundo Medio y Mundo Interior, pero aquí no era ninguno de ellos. Aquí había cosas más serias por las que preocuparse que los Festivales de la Siega.

Cosas como los Lobos.

Algunos de los hombres –de las granjas acomodadas al este y los tres ranchos al sur- llegaron en caballos. Eisenhart, de Lazy B incluso trajo su rifle y usaba bandoleras cruzadas de municiones. (Tian Jaffords dudaba que las balas sirvieran, o que el viejo rifle disparara, aunque algunos si lo hicieran). Una delegación de la gente Manni llegó amontonada en un carretón tirado por un par de mutantes castrados- uno de tres ojos, el otro con una protuberancia de rosada piel en carne viva saliendo de su espalda. La mayoría de los hombres de Calla llegaban en asnos y *burros*, vestidos con pantalones blancos y camisas coloridas. Sacudían sus polvorientos *sombreros* en las riendas con pulgares callosos al entrar al Salón de Asambleas, mirándose inquietamente entre ellos. Las bancas eran de pino

liso. No había mujeres y ningún retardado, los hombres llenaban menos de treinta de las noventa bancas. Había algo de charla, pero ninguna risa en absoluto.

Tian se encontraba frente al edificio con la pluma ahora en sus manos, observando al sol que se sumergía en el horizonte, su color dorado se desvanecía progresivamente en un color que parecía sangre infectada. Cuando llegó a las colinas, echó otro breve vistazo a la calle principal. Estaba vacía excepto por los tres o cuatro retardados que estaban sentados en los escalones de Took's. Todos ellos enormes y buenos para nada, mas que sacar rocas enterradas en suelo. No vio más hombres, ni más burros que se aproximaran. Respiró hondo, sacó el aire, y entonces echó otro vistazo al cielo que se oscurecía.

"Hombre Jesús, yo no creo en ti," dijo. "Pero si estás ahí, ayúdame ahora. Doy gracias a Dios."

Luego se metió y cerró las puertas del Salón de Asambleas un poco más fuerte de lo estrictamente necesario. La charla cesó. Ciento cuarenta hombres, la mayoría granjeros, lo observaron caminar hacia el frente del salón, las amplias perneras de sus pantalones blancos ondeaban, sus botines golpeaban en el suelo de madera pura. Él había esperado estar aterrado en ese momento, quizá incluso encontrarse sin palabras. Él era un granjero, no un actor o un político. Entonces pensó en sus hijos, y al levantar la vista hacia los hombres, se percató que no tenía problema alguno en mirarlos a los ojos. La pluma que tenía en las manos no temblaba. Cuando habló, sus palabras se siguieron fácilmente una a la otra, natural y coherentemente. Quizá no lo hacían como él lo había esperado –El Abuelo tal vez tuviera razón en ello- pero él vio que había actitud suficiente como para escuchar. ¿y no era ese el primer paso necesario?

"Todos sabéis quién soy yo," dijo al ponerse de pie con las manos aferradas al tallo rojizo de la vieja pluma. "Tian Jaffords, hijo de Alan Jaffords, esposo de Zalia Hoonik, eso es. Ella y yo tenemos cinco hijos, dos pares y uno único."

Murmullos bajos ante eso, muy probablemente relacionados con la suerte de Tian y Zaila por tener a Aaron. Tian esperó a que las voces acallaran.

"He vivido en el Calla toda mi vida. He compartido vuestro khef y vosotros el mío. Ahora, escuchad lo que digo, os lo ruego."

"Decimos Gracias," murmuraron. Era poco más que una respuesta estereotipada, sin embargo, Tian estaba motivado.

"Los Lobos vienen." Dijo. "Recibí esta noticia de Andy. En treinta días de luna a luna estarán aquí."

Más murmullos bajos. Tian escuchó consternación y vituperio, pero no sorpresa. Cuando se trataba de desperdigar la noticia, Andy era eficiente en extremo.

"Incluso aquellos de nosotros que podemos leer y escribir un poco, casi no tenemos papel en el que escribir," dijo Tian, "por eso no puedo deciros con exactitud cuándo vinieron por última vez. No hay registros, ya sabéis, solo de boca en boca. Sé que fui bien educado, así que hace más de veinte años-"

"Veinticuatro," dijo una voz en el fondo del salón.

"Nah, veintitrés." Dijo una voz más cercana al frente, y Reuben Caverra se levantó. Era un hombre regordete con una redonda, sonriente cara. La sonrisa había desaparecido ahora, en todo caso, y solo mostraba angustia. "Se llevaron a Ruth, mi hermanita: escuchadme, os lo ruego."

Un murmullo –realmente no más que un suspiro vocalizado de aprobación- llegó de los hombres que se sentaban apretujados en las bancas. Se podrían haber separado, pero eligieron permanecer hombro con hombro. A veces había comodidad en la incomodidad, reconoció Tian.

Reuben dijo, "Estábamos jugando bajo el gran pino en el patio delantero cuando llegaron. He hecho una marca en ese árbol desde entonces. Incluso antes de que la trajeran de vuelta, continué con ellas. Son veintitrés marcas y veintitrés años." Con ello, se sentó.

"Veintitrés o veinticuatro no hacen diferencia," dijo Tian. "Aquellos que eran bebés -o niñitos- cuando los Lobos vinieron la última vez han crecido desde entonces y han tenido hijos propios. Hay una buena cosecha para esos bastardos. Una buena cosecha de niños" se detuvo, dándoles oportunidad de pensar por sí mismos en la siguiente idea antes de decirla en voz alta. "Si lo dejamos suceder," dijo al fin. "Si permitimos que los Lobos los lleven a Thunderclap y después los regresarán como retardados."

"¿Qué coño más podemos hacer?" chilló un hombre sentado en una de las bancas centrales. "¡Ellos no son humanos!" Y esta vez había un general (y miserable) murmullo de aprobación.

Uno de los Manni se puso de pie, echando su capa azul oscuro sobre sus huesudos hombros. Miró en derredor a los demás con ojos maliciosos. No mostraban enojo, esos ojos, pero a Tian le parecieron algo más que razonables. "Escuchadme, os lo ruego" dijo.

"Decimos gracias," Respetuoso pero reservado. Ver un Manni de cerca era algo raro, y había ocho de ellos, todos apiñados. Tian estaba agradecido de que hubieran venido. Si alguien podía subrayar la mortal seriedad de este asunto, la aparición de un Manni lo haría.

La puerta del Salón de Asambleas se abrió y un hombre se deslizó al interior. Ninguno de ellos, incluido Tian, se percataron. Todos observaban al Manni.

"Escuchad lo que dice el Libro: Cuando el Ángel de la Muerte pase sobre Aegypt, habrá matado al primer nacido en cada casa donde la sangre de un cordero sacrificado no haya sido untada en las jambas de las puertas. Eso dice el Libro."

"Alabad el Libro," dijeron el resto de los Manni.

"Quizá debamos hacerlo así," continuó el vocero Manni. Su voz sonaba calmada, pero una pulsación latía salvajemente en su frente. "Quizá debamos convertir los siguientes treinta días en un festival de regocijo por los pequeños, y luego ponerlos a

dormir, y dejar que su sangre impregne la tierra. Dejemos que los Lobos se lleven sus cuerpos hacia el Oeste, si lo desean."

"Estás loco," dijo Benito Cash, indignado y al mismo tiempo casi riendo. "Tú y todos los de tu clase. ¡No vamos a matar a nuestros bebés!"

"¿Acaso los que vuelven no estarían mejor muertos?" respondió el Manni." "¡Enormes masas inútiles! ¡Conchas vacías!"

"¿Sí, y qué hay de sus hermanos y hermanas?" preguntó Vaughn Eisenhart. "Pues los Lobos toman solamente a uno de cada dos, como bien lo sabes."

Un segundo Manni se puso de pie, este tenía una sedosa barba blanca cayendo hacia su pecho. El primero se sentó. El viejo miró en derredor a los otros, luego a Tian. "Tú sostienes la pluma, jovencito- ¿Me permites hablar?"

Tian asintió para que continuara. Aquel no era, de ningún modo, un mal inicio. Dejarles explorar completamente el asunto en el que estaban, explorarlo en todos sus resquicios. Él confiaba en que, al final, verían solamente dos alternativas: permitir que los Lobos se llevaran a uno de cada par que no hubieran llegado aún a la pubertad, como siempre habían hecho, o resistir y luchar. Pero para eso, necesitarían comprender que todos las posibles alternativas no tenían salida.

El viejo habló pacientemente. Penosamente, incluso. "Matar a aquellos que hayan dejado así como aquellos que hayan sido devueltos y echados a perder para siempre... sí, es una cosa terrible a considerar. Pero pensad en esto: si los Lobos llegan y no encuentran niños, puede que nos dejen en paz para siempre."

"Sí, podrían hacerlo," dijo uno de los pequeños propietarios granjeros –Tian creía que su nombre era Jorge Estrada. "Y podrían no hacerlo. Manni, ¿en verdad matarías a todos los niños del pueblo por lo que pudiera ocurrir?"

Un fuerte rumor de concordancia se esparció entre la gente. Otro de los pequeños propietarios, Garrett Strong, se puso en pie. Su cara de perro era truculenta. Sus pulgares colgaban de su cinturón. "Mejor nos matamos nosotros mismos," dijo. "Bebés y adultos por igual."

El Manni no parecía enfurecido por eso. Y tampoco ninguno de los que llevaban capa azul que estaban a su alrededor. "Es una opción," dijo el viejo. "Hablaríamos de ella si otros lo hacen." Tomó asiento.

"Yo no," dijo Garret Stron. "Sería como cortarse la maldita cabeza para evitar afeitarse, escuchadme, os lo ruego."

Hubo risas y algunos gritos de muy bien Escuchado. Garrett se volvió a sentar, pareciendo un poco menos tenso, y puso su cabeza junto a Vaughn Eisenhart. Uno de los otros rancheros, Diego Adams, estaba escuchando, sus ojos negros atentos.

Otro pequeño propietario se puso en pie –Bucky Javier. Tenía pequeños y brillantes ojos azules en una pequeña cabeza que parecía inclinarse desde su barbilla de chivo. "¿Qué tal si nos fuésemos por algún tiempo?" preguntó. "¿Qué tal si tomamos a nuestros hijos y volvemos al este? Todo el camino hasta el Gran Río ¿Quizá?"

Hubo un momento de considerado silencio ante esta torva idea. El Gran Río estaba casi hasta Mundo Medio... donde, de acuerdo con Andy, había aparecido recientemente un gran palacio de cristal verde y un poco después había desaparecido de nuevo. Tian iba a responder cuando Eben Took, el hijo del dueño del Almacén, lo hizo por él. Tian se sintió aliviado. Esperaba estar callado el mayor tiempo posible. Cuando hubieran hablado todos, les diría el resto.

"¿Estás loco?" preguntó Eben. "Si los Lobos llegan, verán que nos hemos ido, y quemarán todo hasta los cimientos –granjas y ranchos, cosechas y tiendas, raíz y rama. ¿A qué volveríamos?"

"¿Y qué tal si nos siguieran?" añadió Jorge Estrada. "¿Creéis que sería difícil seguirnos para alguien como los Lobos? ¡Nos

quemarían como dice Took, seguirían nuestro rastro, y se llevarían a nuestros niños de todas formas!

"Además," dijo Neil Faraday, de pie y sosteniendo su amplio y sucio sombrero frente a él, "jamás se llevarán a todos nuestros niños." Habló en un tono asustado de seamos-razonables que pareció llevarle a Tian la delantera. Era este consejo, precisamente, al que él temía más que a los otros. Su mortalmente falso llamado a la razón.

Uno de los Manni, este más joven y sin barba, profirió una aguda y desdeñosa carcajada. "¡Ah, uno salvado de cada dos! Y eso lo será lo correcto, ¿verdad? ¡Dios os bendiga!" Pudo haber dicho más, pero Barba-Blanca aferró con una nudosa mano el brazo del joven. Aquel digno, no dijo más pero tampoco bajó sumisamente la cabeza. Sus ojos estaban ardientes, sus labios eran una delgada línea blanca.

"No quiero decir que sea lo correcto," dijo Neil. Había comenzado a hacer girar su sombrero en una forma que mareaba un poco a Tian. "Pero debemos enfrentar la realidad ¿o no?" Sí. Y ellos no se llevan a todos. ¡porque mi hija, Georgina, es tan apta y sagaz-"

"Sí, y tu hijo George es un enorme cabeza hueca," dijo Ben Slightman. Slightman era el capataz de Eisenhart, y no toleraba mucho a los tontos. "Lo he visto sentado en los escalones frente a Took's cuando venía calle abajo. Lo vi muy bien. A él y a otros sin-seso como él."

"Pero- "

"Lo sé," dijo Slightman. "Tienes una hija que es tan apta y sagaz como largo es el día. Te felicito por ella. Solamente estoy señalando que, de no ser por los Lobos, posiblemente tendrías un hijo igualmente apto y sagaz. Tampoco comería una sola vez al día, invierno y verano, no tendrán un buen final para ti, ni siquiera te reforzará con nietos."

Hubo gritos de Escuchadle y Decid Gracias cuando Ben Slightman se sentó.

"Siempre nos dejan los suficientes para seguir adelante ¿o no?" preguntó un pequeño propietario granjero, cuya propiedad colindaba al oeste de la de Tian cerca del límite de Calla. Su nombre era Louis Haycox, y hablaba en un divagante y amargo tono de voz. Bajo el bigote, sus labios se curvaron en una sonrisa que no mostraba mucho humor. "No mataremos a nuestros niños," dijo, mirando al Manni. "La gracia de Dios sea con vosotros, caballeros, pero no creo que incluso vosotros pudierais hacerlo, llevarlos a la matanza. O no todos vosotros. No podemos coger una bolsa y equipaje y marchar al este –o en cualquier otra dirección- porque dejaremos atrás nuestras granjas. Ellos nos quemarían, ciertamente, y vendrían tras los chicos de cualquier modo. Ellos los necesitan, los dioses saben por qué.

"Siempre se vuelve a lo mismo: somos granjeros, la mayoría. Fuertes cuando tenemos las manos en la tierra, débiles cuando no es así. Yo tengo dos niños, de cuatro años y los amo igualmente a ambos. Debo odiar el perder a cualquiera de ellos. Pero daría uno por quedarme con el otro. Y mi granja." Esto fue acompañado por murmullos de aprobación. "¿Qué otra opción tenemos? Yo digo que: sería el peor error del mundo hacer enojar a los Lobos. A menos, claro, que podamos resistirnos contra ellos. Si eso fuese posible, yo resistiría. Pero es que no veo cómo."

Tian sintió que su corazón se retorcía con cada palabra de Haycox. ¿Cuánta de su exasperación habría robado el hombre? ¡Dioses y el Hombre Jesús!

Wayne Overholser se puso de pie. Él era el granjero más exitoso en Calla Bryn Sturgis, y tenía una amplia y pendiente barriga que lo demostraba. "Escuchadme, os lo ruego."

"Decimos Gracias," murmuraron ellos.

"Os diré lo que vamos a hacer," dijo mirando en derredor. "Lo que hacemos siempre, eso es. ¿Alguno de vosotros quiere hablar acerca de resistirse contra los Lobos? ¿Alguno de vosotros está tan loco como para eso? ¿Con qué? ¿Lanzas y rocas y unos cuantos arcos? ¿Quizá con cuatro enmohecidos y

viejos calibres bajos como ese?" Señaló con el pulgar el rifle de Eisenhart.

"No te burles de mi arma, hijo," dijo Eisenhart, pero sonreía tristemente.

"Ellos vendrán y se llevarán a los niños," dijo Overholser, mirando alrededor. "Algunos de los niños. Luego, nos dejaran nuevamente solos durante una generación o aún más. Es como es, ha sido así, y yo digo que lo dejemos."

Se elevaron gruñidos de desaprobación ante esto, pero Overholser esperó a que acallaran.

"Veintitrés años o veinticuatro, no importan," dijo cuando se hubieron callado de nuevo. "De cualquier modo es mucho tiempo. Mucho tiempo de paz. Puede que hayáis olvidado algunas cosas, chicos. Una es que los niños son como cualquier otra cosecha. Dios siempre envía más. Sé que suena duro. Pero así es como hemos vivido y como tendremos que continuar."

Tian no esperó a que dijeran alguna de las respuestas estereotipadas. Si seguían por ese camino, cualquier oportunidad que hubiera visto para convencerles se perdería. Elevó la pluma de opopónaco y dijo, "¡Escuchad lo que digo, os lo ruego!"

"Gracias," respondieron. Overholser miraba desconfiadamente a Tian.

Y tienes razón en mirarme de ese modo, pensó el granjero. Pues he tenido suficiente de tan poco y cobarde sentido común, así es.

"Wayne Overholser es un hombre inteligente y exitoso," dijo Tian, "y detesto tener que hablar contra su posición por esas razones. Y también por otra: es lo suficientemente mayor como para ser mi Padre."

"Cuidado, no es tu Padre," dijo el único trabajador de Garret Strong –Rossiter, se llamaba-, y hubo risas en general. Incluso Overholser sonrió ante el gesto.

"Hijo, si en verdad detestas hablar en contra mía, no lo hagas," dijo él. Seguía sonriendo, pero solo con su boca.

"Sin embargo, debo hacerlo," dijo Tian. Comenzó a caminar lentamente hacia atrás y delante de las bancas. En sus manos, oscilaba la pluma de opopónaco de un oxidado tono rojo. Tian elevó ligeramente la voz de modo que todos supieran que ya no se dirigía solamente a Overholser.

"Debo porque Overholser es lo suficientemente mayor como para ser mi padre. Sus hijos son grandes, ya sabéis, y hasta donde sé, solo son dos para empezar, una niña y un niño." Se detuvo, luego soltó el resto. "Nacidos con dos años de diferencia." Ambos hijos únicos, en otras palabras, ambos a salvo de los Lobos. La gente murmuró.

Overholser se ruborizó a un brillante y peligroso color rojo. "¡Eso que has dicho es algo malditamente crudo! ¡Yo no tengo nada que ver con que sean hijos únicos o dobles! Dame esa pluma, Jaffords. Tengo unas cuantas cosas que decir."

Pero las botas comenzaron a golpear los tablones, lentamente al principio, después tomando velocidad hasta que reverberaron como el granizo. Overholser miró alrededor furioso, ahora más que rojo, estaba casi morado.

"¡Debo hablar!" gritó. "¿No me escucharéis? os lo ruego"

Por toda respuesta, hubo gritos de No, no y Ahora no y Jaffords tiene la pluma y Siéntate y escucha. Tian creía que Overholser estaba aprendiendo –demasiado tarde en el juego- que a menudo había un profundo resentimiento hacia el más acaudalado y exitoso de la villa. Aquellos menos afortunados o menos pudientes podrían quitarse los sombreros cuando la gente rica pasaba en sus carretones, o carruajes, podrían enviar delegaciones de agradecimiento cuando los ricos prestaban su mano de obra para ayudar con una casa o a levantar un granero, los acaudalados podían ser regocijados en

la Reunión de Fin de Año por ayudar a comprar el piano que ahora se apostaba en el pabellón de música. Incluso, los hombres de Calla hicieron sonar sus botines, para inundar a Ovelholser, con una cierta satisfacción salvaje. Incluso aquellos que indudablemente apoyaban lo que había dicho (Neil Faraday, era uno) golpeaban lo suficientemente fuerte para hacer sudar.

Overholser, desacostumbrado a ser obstaculizado en semejante forma –sobrecogido, de hecho- intentó una vez más. "Debo tener la pluma, os, os lo ruego!"

"No," dijo Tian. "En su momento, pero no ahora."

Hubo de hecho alabanzas a esto, en su mayoría de los más pequeños entre los pequeños propietarios granjeros y algunos de sus trabajadores. Los Manni no se unieron. Ahora estaban tan apretujados unos con otros, que parecían una oscura mancha de tinta azul en medio del salón. Estaban claramente desconcertados por aquel cambio. Vaughn Eisenhart y Diego Adams, entretanto, se movieron para flanquear a Overholser y hablarle en voz baja.

Tienes una oporfunidad, pensó Tian. Saca el mejor partido posible.

Levantó la pluma y ellos callaron.

"Todos tendréis oportunidad de hablar," dijo. "En cuanto a mi, digo que: no podemos continuar así, simplemente inclinando los cuellos y permaneciendo callados cuando los Lobos vengan y se lleven a nuestros niños. Ellos –"

"Ellos siempre los devuelven," dijo tímidamente un trabajador llamado Farren Posella.

"¡Devuelven cascarones!" chilló Tian, y hubo algunos gritos de Escuchadle. No es sufieciente, en todo caso, juzgó Tian. No es suficiente en absoluto. Todavía no. Lo peor de su obra todavía estaba por hacerse.

Bajó nuevamente la voz –no quería que alegaran. Overholser lo había intentado sin llegar a ninguna parte, con mil acres o sin ellos.

"Devuelven cascarones, ¿Y qué hay de nosotros? ¿Qué nos está haciendo a nosotros? Algunos dirán que nada, que los Lobos siempre han sido parte de nuestras vidas en Calla Bryn Sturgis, como el ocasional ciclón o terremoto. Sin embargo, eso no es verdad. Han venido durante seis generaciones, cuando mucho. Pero los habitantes de Calla han estado aquí mil años y aún más."

El viejo Manni de los hombros huesudos y ojos perniciosos se paró a medias. "Lo que él dice es cierto, amigos. Había granjeros aquí –y gente Manni entre ellos- cuando la oscuridad en Thunderclap aún no venía, sin contar los Lobos."

Todos recibieron aquello con miradas de sorpresa. Su temor reverencial pareció satisfacer al viejo, quien asintió y volvió a sentarse.

"Así que los Lobos son algo casi nuevo," dijo Tian. "Han venido seis veces en quizá ciento veinte o ciento cuarenta años. ¿Quién lo sabe? Pues como sabéis, el tiempo se ha detenido, de alguna manera."

Un murmullo bajo. Unos cuantos asentimientos de cabeza.

"En cualquier caso, una vez por generación," continuó Tian. Era consciente de un contingente hostil que coaligaba alrededor de Overholser, Eisenhart y Adams. A estos hombres no los cambiaría aunque estuviera dotado con la lengua de un ángel. Bueno, podría arreglárselas sin ellos, tal vez. Si podía cautivar al resto. "Vienen una vez por generación y ¿cuántos chicos se llevan? ¿doce? ¿dieciocho? ¿quizá tantos como treinta?

"Puede que Overholser no tenga bebés esta ocasión, pero yo tengo –no un par de gemelos sino dos. Eddon y Hedda, Lyman y Lia. Amo a los cuatro, pero en un mes de días, dos de ellos serán robados. Y cuando esos dos regresen, serán retardados. Cualesquiera que sea la chispa que hace completo a un ser humano, desaparecerá para siempre."

Escuchadle, escuchadle, se esparció como un suspiro sobre la habitación.

"¿Cuántos de vosotros tienen gemelos sin más cabello excepto el que crece en sus cabezas?" demandó Tian. "¡Levantad la mano!"

Seis hombres levantaron la mano. Luego ocho. Una docena. Cada vez que Tian pensaba que eran todos, otra reticente mano se levantaba. Al final, contó veintidós manos. Pudo ver que Overholser estaba asombrado por un numero tan grande. Diego Adams tenía su mano levantada, y Tian se complació al ver cómo se apartaba un poco de Overholser y Eisenhart. Tres de los Manni tenían la mano levantada. Jorge Estrada. Louis Haycox. Muchos otros, sabía, lo cual no era sorprendente, en realidad; él conocía a estos hombres. Probablemente todos ellos a excepción de unos cuantos, eran vagabundos que trabajaban en pequeñas granjas por un bajo sueldo y cenas calientes.

"Cada vez que vienen y se llevan a nuestros niños, se llevan un poco más de nuestros corazones y almas," dijo Tian.

"Oh vamos, hijo," dijo Eisenhart. "eso lo pone un poco –"

"Guarda silencio, Ranchero," dijo una voz. Era tan desconcertante en su enojo y agravio. "Él tiene la pluma. Déjale hablar hasta el final."

Eisenhart giró en redondo, como para ubicar a quien le había hablado de ese modo. Solamente caras largas le devolvieron la mirada.

"Gracias," dijo Tian igualmente. "Ya casi he terminado. Yo sigo pensando en árboles. Árboles fuertes. Puedes arrancar las hojas de un árbol fuerte y éste vivirá. Cortar su corteza con muchos nombres y vivirá para desplegar nuevamente su piel sobre ellos. Puedes incluso tomar duramen y vivirá. Pero si tomas el duramen otra vez, y otra, y otra, y otra, año tras año, llegará un momento en el que incluso el árbol más fuerte morirá. Lo he visto ocurrir en mi granja, y es algo feo.

Mueren desde dentro hacia fuera. Puedes verlo en las hojas, que se tornan amarillas desde el tronco hasta las puntas de las ramas. Y eso es lo que los Lobos le están haciendo a nuestra pequeña villa. Lo que están haciendo a nuestra Calla."

"¡Escuchadle!" chilló Freddy Rosario de la granja vecina. "¡Escuchadle muy bien!" Freddy tenía sus propios gemelos, aunque eran todavía lactantes y, por lo tanto, quizá estarían a salvo.

"Tú dices que si nos resistimos y peleamos, nos matarán a todos y quemaran a Calla desde el límite oeste hasta el este."

"Sí," dijo Overholser. "Eso digo. Y no soy el único." Y de todo alrededor, llegaron murmullos de aprobación.

"Sin embargo, en cada ocasión, nosotros simplemente lo toleramos con las cabezas bajas y las manos abiertas, mientras los Lobos toman lo que nos es más querido que cualquier cosecha o casa o granero, ¡horadan un poco más en el duramen del árbol que es esta villa!" Tian habló fuertemente, manteniéndose ahora firme con la pluma sostenida en alto en una mano. "¡Si no resistimos y luchamos pronto, estaremos muertos de todas formas! ¡Eso es lo que digo yo Tian Jaffords, hijo de Alan! ¡Si no resistimos y luchamos pronto, nosotros mismos seremos unos retardados!"

Hubo fuertes gritos de ¡Escuchadle! Un exuberante golpeteo de botines. Incluso algunos aplausos.

George Telford, otro ranchero, murmuró brevemente a Eisenhart y Overholser. Ellos escucharon, luego asintieron. Telford se levantó. Tenía el cabello plateado, era bronceado y atractivo en aquella corroída forma que parecía gustar a las mujeres.

"¿Has terminado ya, hijo?" preguntó amablemente, como quien preguntaría a un niño si ha jugado lo suficiente por una tarde y está listo para la siesta.

"Sí, creo," dijo Tian. De pronto se sintió desmoralizado. Telford no era ranchero en comparación con Vaughn Eisenhart, pero

tenía una lengua de plata. Tian creía que perdería, después de todo.

"¿Podrías darme la pluma, entonces?"

Tian consideró en resistirse, pero ¿de qué serviría? Había hecho su mejor esfuerzo. Creía que no había sido lo suficientemente bueno –no una vez que Telford terminara destrozando sus argumentos con aquella agradable voz suya- pero lo había intentado. Quizá él y Zalia debieran preparar a los niños e ir al oeste ellos solos. De luna a luna antes que los Lobos llegaran, de acuerdo con Andy. Una persona podía lograr un maldito inicio ante los problemas en treinta días.

Pasó la pluma.

"Todos nosotros valoramos la pasión del joven Jaffords, y ciertamente nadie duda de su valor," estaba diciendo George Telford. Habló con la pluma sostenida contra el lado izquierdo de su pecho, sobre su corazón. Sus ojos deambulaban por entre la audiencia, pareciendo hacer contacto visual –un amistoso contacto visual- con cada hombre. "Pero debemos pensar en los chicos que se quedarán tanto como en los que serán robados ¿o no? De hecho, debemos proteger a todos los niños, ya sean gemelos, trillizos o hijos únicos como el chico Aaron de Jaffords."

Telford entonces se volvió hacia Tian.

"¿Qué les dirás a tus hijos cuando los Lobos disparen a su madre y quizá incendien a su abuelo con una de sus varas de luz? ¿Qué podrás decir para hacer que el sonido de esos gritos sea correcto? ¿Para endulzar el olor de la piel quemada y de las cosechas quemadas? ¿Son almas lo que salvaremos? ¿O el duramen de algún árbol imaginario?"

Se detuvo, dándole a Tian una oportunidad de replicar, pero Tian no tenía respuesta que dar. Casi los había tenido... pero no había contado con Telford en sus cálculos. El agradable de voz, hijoputa Telford, quien también había pasado, por mucho, la edad necesaria para preocuparse por los Lobos invadiendo su patio sobre sus enormes caballos grises.

Telford asintió, como si el silencio de Tian era lo que había esperado, y se volvió hacia las bancas. "Cuando los Lobos vengan," dijo, "vendrán con armas lanza-llamas, las varas de luz, lo sabéis, y pistolas, y cosas de metal volantes. No recuerdo el nombre de esas-"

"Los zánganos," dijo alguien.

"¡Ladrones!" dijo alguien más

"¡Furtivos!" dijo un tercero.

Telford asentía y sonreía amablemente. Un maestro con buenos alumnos. "lo que quiera que sean, vuelan por el aire, buscando su objetivo, y cuando lo rastrean, despliegan cuchillas giratorias agudas como navajas. Pueden rebanar a un hombre de cabeza a pies en cinco segundos, dejando solamente alrededor de él un circulo de sangre y pelo. Eso me dijo mi propio abuelo, y no tengo motivos para no creerlo."

"¡Escuchadle, escuchadle bien!" gritaron los hombres en las bancas. Sus ojos se habían vuelto enormes y temerosos.

"Los Lobos son en sí mismos, terroríficos, es lo que se dice," continuó Telford moviéndose suavemente de una historia de fogata a la siguiente. "Parecen hombres de alguna manera, y sin embargo no son hombres, sino algo más grande y mucho más horrible. Y aquellos a los que sirven allá en Thunderclap son todavía mucho más terribles. Vampiros, he oído. No muertos desalmados. Guerreros del Ojo Escarlata."

Los hombres musitaron. Incluso Tian sintió un correteo de garras de rata subiendo por su espalda al mencionarse el Ojo.

"Así me lo han dicho," continuó Telford, "y aunque no lo creo todo, creo mucho. Incluso, no importa Thunderclap. ¡Apeguémonos a los Lobos. Los Lobos son nuestro problema¡ ¡y son suficiente problema! ¡Especialmente cuando llegan armados hasta los dientes!" meneó la cabeza, sonriendo desagradablemente. "¿Qué podríamos hacer? ¿Quizá podríamos derribarlos de sus grandes caballos con azadones, Jaffords? ¿Tú que crees?"

Una sarcástica risa festejó aquello.

"No tenemos armas que resistan contra ellos," dijo Telford. Ahora era seco y como un comerciante, un hombre que marca el punto final. "Incluso si las tuviésemos, somos granjeros y rancheros y almacenistas, no luchadores. Nosotros-"

"Corta la charla, Telford. Deberías sentirte avergonzado de ti mismo."

Consternados jadeos siguieron a este frío pronunciamiento. Hubo crujidos de espaldas y cuellos cuando los hombres se volvieron a ver quién había hablado. Entonces, lentamente, como para darles exactamente lo que querían, una figura de cabellos blancos con un largo abrigo negro y un collar vuelto al revés se puso de pie desde la última banca de la habitación. La cicatriz de su frente –tenía la forma de una cruz- se veía muy brillante a la luz de las lámparas de keroseno. Era el tipo que se había colado, inadvertido, mientras el viejo Manni hablaba sobre Aegypt, y los corderos sacrifícales y el Ángel de la Muerte.

Era El Viejo.

Telford se recobró con relativa velocidad, pero cuando habló, a Tian le pareció que aún estaba desconcertado. "Disculpe, Padre Callahan, pero yo tengo la pluma."

"Al diablo con tu pluma pagana y al diablo con tu cobarde consejo," dijo el Padre Callahan. Se movió hacia el corredor y comenzó a desplazarse hacia en pasillo central, pisando con el torvo andar de la artritis. No era tan viejo como el viejo Manni, ni mucho menos tan viejo como el abuelo de Tian (quien proclamaba ser la persona más vieja no solo ahí, sino en Calla Lockwood hacia el sur), y sin embargo, se veía de algún modo más viejo que ambos. Más viejo que las eras. En parte se debía sin duda a los hechiceros ojos que miraban al mundo desde debajo de la cicatriz en su frente (según Zalia, ésta había sido auto inflingida). También tenía que ver con su acento. A pesar que había estado aquí por mucho, mucho tiempo –los suficientes años como para construir su extraña iglesia del Hombre Jesús y convertir a la mitad de los pobladores de Calla

a esta creencia espiritual- ni siquiera un extraño hubiera creído que el Padre Callahan era de ahí. Su peculiaridad estaba en su llana y nasal forma de hablar, y a menudo en el oscuro caló que utilizaba (‘tono callejero," le llamaba). Él indudablemente había venido de alguno de esos otros mundos de los que los Manni siempre balbuceaban, aunque él nunca hablaba de eso y Calla Bryn Surgis ahora era su hogar. Él había estado ahí desde mucho antes que Tian Jaffords naciera –desde que los viejos pueblerinos como Wayne Overholser y Vaughn Eisenhart usaban pantalones cortos- y nadie discutía su derecho a hablar, con o sin la pluma.

Podía ser más joven que el abuelo de Tian, pero el Padre Callahan seguía siendo El Viejo.

4.

Ahora él escrutaba a los hombres de Calla Bryn Sturgis, no únicamente mirando a George Telford. La pluma se ladeaba en la mano de Telford. Se sentó en la primera banca, aún sosteniéndola.

Callahan comenzó con uno de sus términos en caló, pero ellos eran granjeros y ninguno requirió pedir una explicación.

"Eso son pamplinas."

Los escrutó aún más. La mayoría no devolvían la mirada. Tras un momento, incluso Eisenhart y Adams bajaron los ojos. Overholser mantuvo la cabeza en alto, pero bajo la fría y seca mirada del Viejo, el ranchero parecía petulante más que desafiante.

"Pamplinas," repitió el hombre con el abrigo negro y el collar al revés. Una pequeña cruz dorada brillaba bajo la muesca del collar que tenía al revés. En su frente, esa otra cruz –la que supuestamente, él se había tallado en la piel con su propia uña del pulgar como penitencia parcial por algún pecado horrible- brillaba bajo las lámparas como un tatuaje.

"Este joven no pertenece a mi rebaño, pero tiene razón, y creo que todos vosotros lo sabéis. Lo sabéis en vuestros corazones. Incluso usted, Sr. Overholser. Y usted, George Telford."

"Yo no sé tal cosa," dijo Telford, pero su voz sonaba débil y carente de su anterior encanto persuasivo.

"Todas vuestras mentiras cegaran vuestros ojos, eso es lo que mi madre os hubiese dicho." Callahan le ofreció a Telford una leve sonrisa que Tian no hubiese querido que fuese dirigida hacia él. Y entonces Callahan, de hecho, se volvió hacia él. "Nunca he escuchado que alguien lo dijera mejor que lo que tú lo hiciste esta noche, muchacho. Gracias."

Tian levantó una endeble mano y pudo esbozar una sonrisa aún más endeble. Se sentía como un personaje en alguna tonta obra de festival, salvado en el último momento por alguna intervención supernatural.

"Yo sé un poco sobre cobardía," dijo Callahan, volviéndose hacia los hombres en las bancas. "Tengo experiencia personal, podría decirse. Yo sé cómo una decisión cobarde lleva a otra... y a otra... y a otra... hasta que es demasiado tarde para volver, demasiado tarde para cambiar. Sr. Telford, le aseguro que el árbol del que ha hablado el Sr. Jaffords no es ficticio. Calla está en un tremendo peligro. Vuestras almas están en peligro."

"Santa María, llena eres de gracia," dijo alguien en el costado izquierdo de la habitación, "el Señor es Contigo. Bendito es el fruto de tu vientre J-"

"Deja eso," interrumpió Callahan. "Guárdalo para el Domingo." Sus ojos, unas azules chispas en sus profundas cuencas, estudiaron a todos. "Pues esta noche, no importa Dios ni María ni el Hombre Jesús. No importan tampoco los ladrones ni las varas de luz de los Lobos. Debéis luchar. Vosotros sois los hombres de Calla, ¿o no? Entonces actuad como hombres. Dejad de comportaros como perros arrastrándose en sus vientres para lamer las botas de un cruel amo."

Overholser se puso de un color rojo oscuro ante eso, y comenzó a ponerse de pie. Diego Adams lo aferró por el brazo y le habló

al oído. Por un momento, Overholser permaneció como estaba, congelado en una especie de acuclillamiento, y entonces se sentó nuevamente. Adams se puso de pie.

"Suena bien, padre," dijo Adams con su pesado acento. "Suena valiente. Sin embargo, quizá quedan algunas preguntas. Haycox hizo una de ellas. ¿Cómo pueden unos rancheros y granjeros resistir contra asesinos armados del oeste?"

"Contratando nuestros propios asesinos armados," respondió Callahan.

Hubo un momento de absoluto y total silencio. Era casi como si El Viejo les hubiera hablado en otro idioma. Finalmente, Diego Adams dijo –cautelosamente, "No comprendo."

"Por supuesto que no," dijo El Viejo. "Así que escucha y aprende. Ranchero Adams y todos vosotros, escuchad y aprended. A no más de seis días de viaje al noroeste de nosotros, y enfilando al suroeste siguiendo el Camino del Haz, vienen tres pistoleros y un aprendiz." Sonrió ante su sorpresa. –su total y absoluta sorpresa. Entonces se volvió hacia Tian. "El aprendiz no es mucho mayor que tus Heddon y Hedda, y sin embargo, ya es tan rápido como una serpiente y tan mortífero como un escorpión. Los otros son todavía mucho más rápidos y mortíferos. ¿Queréis altos calibres? Están a la mano. Lo afirmo y lo garantizo."

Esta vez Overholser se coloreó hasta los pies. Su cara ardía como si tuviera fiebre. Su enorme y abultada barriga tembló. "¿Qué clase de cuento para dormir es ese? Preguntó. "Si alguna vez existieron tales hombres, se extinguieron junto con Gilead. Y Gilead ha sido polvo en el viento por un millar de años."

No hubo murmullos para apoyar o discutir aquello. Ni un susurro de ninguna clase. La gente todavía estaba pasmada, atrapada en la reverberación de esa mítica palabra:

pistoleros.

"Te equivocas," dijo Callahan," pero no es necesario pelearnos por eso. Podemos ir y verlo por nosotros mismos. Una pequeña

partida bastará, creo. Jaffords aquí presente... yo... y ¿qué hay de usted, Overholser? ¿Quiere venir?"

"¡No existen los pistoleros!" rugió Overholser.

Detrás de él, Jorge Estrada se puso de pie. "Padre Callahan, la gracia de Dios sea con usted-"

" –y con usted, Jorge."

"-pero incluso si existieran los pistoleros, ¿cómo podrían luchar tres contra cuarenta o sesenta? Y no hablo de cuarenta o sesenta hombres comunes, sino de cuarenta o sesenta Lobos?"

"¡Escuchadle, habla con lógica!" profirió Eben Took, el hijo del almacenista.

"¿Y por qué razón pelearían por nosotros? Continuó Estrada. "Lo haríamos de un año a otro, pero no mucho más. ¿Qué podríamos ofrecerles más que unas cuantas comidas calientes? ¿Y qué hombre aceptaría morir por su cena?"

"¡Escuchadle, escuchadle!" gritaron Telford, Overholser y Eisenhart al unísono. Otros golpearon rítmicamente sobre los tablones.

El Viejo esperó a que los golpes cesaran, y entonces dijo: "Tengo libros en la Rectoría. Media docena."

A pesar que la mayoría sabía eso, el pensar en todos esos libros –todo aquel papel- aún provocaba un suspiro general de admiración.

"De acuerdo con uno de ellos, a los pistoleros se les prohíbe cobrar recompensa. Supuestamente, porque ellos descienden de la línea de Arthur Eld."

"¡Eld! ¡Eld!" murmuraron los Manni, y varios de ellos levantaron sus puños al aire con el primer y el cuarto dedos erguidos. Enganchadles cuernos, pensó El Viejo. Vamos, Texas. Se permitió una risa, pero no una que se mostrara en sus labios.

"No bravucones," dijo pacientemente Callahan, "pistoleros."

"¿Cómo lo sabe, Padre?" se oyó preguntando Tian. "¿Y cómo podrían tres hombres luchar contra los Lobos?"

Uno de los pistoleros era de hecho una mujer, pero Callahan no tenía necesidad de enturbiar aún más las aguas (aunque una impía parte de sí mismo lo deseaba, igualmente). "Lo sé porque lo sé," dijo. "En lo que respecta a cómo tres pueden resistir contra muchos –tres y un aprendiz, de hecho- esa pregunta es para su líder. Le preguntaremos. Y ellos no lucharían únicamente por sus cenas, sabedlo. De ningún modo."

"¿Por qué otra cosa, entonces?" preguntó Bucky Javier.

Callahan sabía que estaban ahí porque los había visto. Los había visto porque la cosa bajo el suelo de la iglesia había despertado. Ellos querrían la cosa bajo el suelo, y eso era bueno, porque El Viejo, quien en una ocasión había huido de un pueblo llamado Jerusalem's Lot en otro mundo, quería deshacerse de ella. Si no se deshacía pronto de ella, ésta lo mataría.

El Ka había llegado a Calla Byrn Sturgis. Ka como un viento.

"A su tiempo, Sr. Javier," dijo Callahan. "Todo a su debido tiempo."

Mientras tanto, un murmullo se había iniciado en el Salón de Asambleas. Se deslizaba entre las bancas como de boca en boca, una brisa de esperanza y temor.

Pistoleros.

Pistoleros hacia el este, venidos de fuera de Mundo Medio

Y esto era verdad, Dios los ayudara. Los últimos y mortíferos hijos de Arthur Eld, avanzando hacia Calla Bryn Sturgis siguiendo el Camino del Haz. Ka como un viento.

"Es tiempo de ser hombres," les dijo el Padre Callahan. Bajo la cicatriz de su frente, sus ojos ardían como lámparas. No obstante, su tono no era falto de compasión. "Es hora de levantarse, caballeros. Hora de resistir y ser honestos."